
VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, ELISA CHULIÁ y CELIA VALIENTE
**La familia española en el año 2000. Innovación y respuesta de las familias
a sus condiciones económicas, políticas y culturales**
(Madrid, Fundación Argenteria, 2000)

Víctor Pérez Díaz acostumbra a hacer de su concepto de *sociedad civil* el eje de sus construcciones teóricas. Y es precisamente en este entramado social, moral e institucional en el que, consecuentemente, inserta al objeto de esta investigación, la familia, concretamente la española, en la coyuntura temporal del paso de siglo que, más allá del fetichismo de una fecha, responde a los cambios que al paradigma de la familia «parsoniana» le imponen las alteraciones morales, económicas y tecnológicas de un tiempo cuyo presente se nos escapa por la rapidez de sus metabolismos.

Los autores parten señalando la paradoja que se manifiesta especialmente entre las familias españolas, en las que se origina un potencial desa-

rrollo y un potencial debilitamiento tanto de la familia nuclear como de la mujer esposa y madre. En nuestro país, del mismo modo que en otros de nuestra área sociocultural, se está produciendo una transformación de los *mores* familiares, pero «el tamaño de la familia sigue siendo grande, el porcentaje de familias biparentales se mantiene muy alto y las tasas de divorcio, de cohabitación y de hijos nacidos fuera del matrimonio siguen siendo bajas». A la par la fertilidad está cayendo muy por debajo del nivel de reemplazo, cuyas causas los autores identifican en las estrategias educativas y de empleo de las propias familias. «Se quiere una familia sí, pero se quiere una familia tarde, con muy pocos hijos y una vivienda pro-

«pia». «Los españoles desean hijos e incluso más de uno, si bien este deseo choca con las expectativas de sacrificio que implica tenerlos y criarlos... Imaginan como deseable una autoridad compartida en la familia y relativamente permisiva, pero no del todo... Les parece que el hombre y la mujer deben participar en el proceso de decisiones, pero incluso también los hijos deben de tener parte en él... Suelen dar por supuesto que la mujer, si lo desea, debe tener la oportunidad de trabajar, aunque esa libertad para hacerlo o no supone una diferencia con la obligación de trabajar del marido... Se suele considerar como un ideal la participación amplia de los hombres en las tareas del hogar, aunque en realidad la participación es modesta y más modesta aún es la de los hijos...». Los autores auguran unas estrategias familiares conservadoras de lo fundamental, pero modificadoras y reformistas de los arreglos entre los géneros y las generaciones.

Del conjunto de toda la obra, interesante y documentada en su conjunto y en sus partes, es susceptible de destacar lo dedicado a la incidencia de las políticas públicas sobre las familias y el espacio que recoge las ideas e informaciones sobre la violencia en el hogar.

En cuanto a la economía, indican cómo las familias españolas han visto incrementar sus ingresos reales en los últimos veinte años en el marco de una estrategia de búsqueda de mayor bienestar material, que incluye tanto la disposición de recursos para el consumo como la acumulación de patrimonio. Ello no es signo —nos dicen— de las condiciones anejas a las realizacio-

nes de ese proyecto. A la postre, las calificaciones o los matices del proyecto familiar convergen: en el tipo y características de la familia que antes he indicado.

Respecto a las políticas públicas con incidencia sobre las familias destacan las de educación y empleo. «La educación ha creado una oferta extraordinaria que ha encajado con una demanda de las clases medias y populares... Esto ha supuesto una igualación de los niveles educativos de hombres y mujeres jóvenes... En cambio la política de empleo ha ido en otra dirección. Si bien ha sido compatible con un aumento gradual de la tasa de actividad femenina hasta los años setenta, lo cierto es que las mujeres han sufrido mucho más que los hombres las consecuencias de la crisis... (Un) «descuido de la mujer», como lo califican Pérez Díaz y sus colaboradores.

Para el análisis de la *violencia familiar*, el otro tema que con un atrevido salto me permito destacar —atrevido por la cantidad, densidad y profundidad de las aportaciones que omito— es que los investigadores parten de la consideración de que «existe una situación de armonía afectiva y de satisfacción en las familias españolas...». Pero tal observación no excluye la de que «el ámbito familiar constituye una de las esferas más violentas de la sociedad». Violencia por parte de los hombres, quienes ocasionalmente también se convierten en víctimas de la violencia. Haciéndose eco de otros estudios, califican el fenómeno de la violencia como relativamente extendido. De acuerdo con esos datos, un tercio de la población ha conocido

directa o indirectamente de actos de violencia. En 1999 se computaron 6.527 casos de denuncias por agresiones sexuales y 24.985 de malos tratos. En cualquier caso, como ya se ha señalado en otras ocasiones, sólo se denuncian entre un 5 y un 10 por 100 de los incidentes (lo que dicho así, entre paréntesis, me parece exagerado; a la baja). No obstante, España, como ya se ha indicado, mantiene una tasa muy baja de divorcios, 0,9 por mil habitantes, lo que supone una tercera parte de la media correspondiente a la Unión Europea.

Por otro lado, se deja sentir un cierto tono de crítica en cuanto a que los poderes públicos se han mostrado indecisos, cuando no incoherentes, en lo referente a una política familiar. «La combinación de tasas de fertilidad

muy bajas y tasas de desempleo muy altas pueden ser atribuidas a que el Estado no ha sabido reaccionar ante los cambios demográficos... Dejándose llevar por inercias y circunscribiéndose casi a adoptar la legislación nacional a las directivas europeas —como sucede en múltiples temas, apostilla tímidamente no el autor y sí quien esto comenta— (aunque) también es cierto que no se han sentido presionados por (la) sociedad...».

Si la *sociedad civil* constituye uno de los marcos que informan al libro y al resultado de la investigación, el eco de una llamada a la *libertad* tendrá que ser el otro, consecuentemente con las concepciones que conocemos de Víctor Pérez Díaz.

Juan MAESTRE ALFONSO

JOSÉ FÉLIX TEZANOS

**La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades
en las sociedades tecnológicas**

(Madrid, Biblioteca Nueva, 2001)

Aunque hay sociólogos que piensan que la ciencia social, para ser tal, ha de mostrar interés, de una forma u otra, por el contenido y evolución de las desigualdades, el hecho es que la preocupación por la desigualdad presenta, dentro de la disciplina, notables variaciones en el espacio y en el tiempo, pero todas acaban mostrando, cada cual a su manera, las características de la sociología como disciplina histórica.

La primera razón para estas osci-

laciones, y como la polémica entre André Béteille y Louis Dumont hizo ver a mitad de los años ochenta, reside en que igualdad/desigualdad son conceptos de honda raíz cultural que no son «leídos» de la misma forma en la India o en Francia y que forman *clusters* con otros como, en el caso que nos ocupa, el individualismo/colectivismo y no siempre de forma directa y unívoca. La segunda razón consiste en que, al estar embebidos de juicios de valor, su análisis acaba

reflejando las modas intelectuales o las corrientes de pensamiento que afectan a todas las ciencias sociales y no sólo a la economía, asunto este último al que se ha referido con particular agudeza Paul Krugman. Para lo que aquí nos ocupa, la moda neoliberal, que ha sido la dominante en los últimos años, tendría que haber tenido como consecuencia una disminución de la preocupación por las desigualdades: disminución que se ha observado en los veinticinco años transcurridos entre el Premio Nobel de Economía a Gunnar Myrdal y el reciente a Amartya Sen. Entre estos rechazos, simbolizados por los dos economistas, de los males producidos por la desigualdad, se han encontrado, en este tiempo, incluso exaltaciones elitistas de la misma o legitimaciones biologicistas en términos de la campana de Gauss, el clima y hasta la raza.

Nunca son las cosas tan mecánicas. Si en los Estados Unidos (y, por tanto, en Europa) el tema de la desigualdad en estos últimos años se ponía como en sordina, no sucedía lo mismo en América Latina, incluso a pesar de los sucesivos intentos de resucitar el Proyecto Camelot de los años sesenta mediante el que se pretendió utilizar las ciencias sociales estadounidenses como mecanismo de penetración ideológica en el resto del continente americano. «Proyectos» de tal calado no han faltado en estos últimos años, pero aun así en América Latina se ha mantenido una fuerte tradición de estudio de las desigualdades, aunque, en más de un caso, más como repetición casi ritual de las teorías convencionales que como «análisis concreto de situaciones concretas».

La elección del tema de la propia investigación, como es bien sabido y no siempre suficientemente reconocido, es fruto de juicios de valor, cosa que ya mostró hace tiempo Emilio Lamo de Espinosa. Por eso refleja las condiciones sociales en las que se produce, el tiempo (la época) en que tal cosa sucede y el talante vital e ideológico del investigador. Desde esta perspectiva, es comprensible que la desigualdad vuelva a ser un tema digno de ser investigado y respetable: ha cambiado (está cambiando) la coyuntura mundial y para muchos de sus actores centrales comienza a difundirse la idea de que el exceso de desigualdad al que se ha llegado ha dejado de ser rentable. El mercado, en efecto, funciona mediante la desigualdad y produce desigualdad, pero si llega a niveles excesivos deja de ser útil para el funcionamiento del mercado mismo. En la dialéctica del depredador y su presa, esta última es necesaria para la existencia de aquél, cosa que ya reconocía Adam Smith en su *La riqueza de las naciones*: «¿Se ha de considerar esta mejora de las clases más bajas del pueblo como una ventaja o un inconveniente para la sociedad? La respuesta, a primera vista, parece clara. Los sirvientes y trabajadores de todas clases constituyen, sin duda, la mayoría de toda sociedad política de importancia, y lo que mejora a la mayoría nunca puede ser considerado perjudicial para la totalidad. Ninguna sociedad puede ser próspera y feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y miserables. Además, es justo que aquellos que alimentan y proporcionan el vestido y alojamiento del conjunto de la socie-

dad dispongan de una parte de lo que produce su propio trabajo para alimentarse, vestirse y tener una vivienda adecuada». La cuestión de la justicia, recuérdese, le ha llevado a decir que «cuando la ley favorece al trabajador, siempre es justa y razonable, lo cual no siempre es cierto cuando favorece a los patronos».

Frente al retorno de estas antiguas ideas, hoy, de manos de instituciones heterogéneas que incluyen al Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y, a veces, hasta al Banco Mundial, hay personas que han mantenido su línea de investigación sobre estos asuntos con independencia de las condiciones favorables o adversas para su difusión. Es el caso de José Félix Tezanos, cuyo libro ahora comento y recomiendo y que se anuncia como «parte de una trilogía sobre *la desigualdad, el trabajo y la democracia*, en la que se intenta ofrecer una visión prospectiva y crítica acerca de los principales problemas de las sociedades tecnológicas avanzadas en los inicios del nuevo siglo», y cuyos materiales proceden «en buena parte de la *Investigación sobre Tendencias Sociales de Nuestro Tiempo* dirigida desde 1995 por el autor».

En mi opinión, el libro, por lo que se refiere a su contenido, podría dividirse en tres partes. La primera, formada por los cuatro primeros capítulos, se dedica a la revisión conceptual y teórica de las diversas formas de estratificación social, a la manera en que ésta aparece en las emergentes sociedades tecnológicas avanzadas y, generalizando, a la lógica de la desigualdad social, capítulo este último que yo destacaría por la síntesis lograda en él. Viene, a continuación, una

parte más empírica, con los capítulos del 5 al 8. Esta parte se inicia mediante la presentación de las tendencias generales en el campo de la exclusión social, con especial atención, como para merecer un capítulo, a la cuestión de las infraclases. Le sigue la discusión del tema de las clases trabajadoras y de las clases medias, asuntos en los que la revisión de las teorías clásicas se hace más urgente. Son dos capítulos (el 7 y el 8) de particular interés no sólo por las perspectivas que aportan, sino por la revisión que hacen de las teorías.

La tercera parte, finalmente, incluyendo los capítulos del 9 al 12, retoma las discusiones de la primera parte una vez pasadas por el tamiz de la segunda. En esta parte se abordan cuestiones sobre la identidad y la conciencia social, la tendencia hacia nuevos sistemas de desigualdad, las tendencias en estratificación y, para concluir, el capítulo dedicado a los antagonismos sociales y el progreso histórico, asunto este último que le permite explicitar el tipo de racionalidad con respecto a valores que laten a lo largo de toda la obra.

Los motivos por los que creo que es un libro digno de ser leído no sólo se refieren a la coherencia intelectual de su autor a lo largo del tiempo o a la excelente base empírica en la que se sustenta su trabajo, sino que también incluyen los siguientes argumentos que, en terminología de C. Wright Mills, pueden reducirse a dos: evita, simultáneamente, el Scilla de la gran teoría y el Caribdis del empirismo abstracto, cosa que no suele ser frecuente en los estudios sobre la desigualdad presentes o pasados.

José Félix Tezanos toma posición muy rápidamente en el libro sobre «el círculo tedioso de las “relecturas” clásicas». Es bien sabido, e igualmente poco reconocido, que los autores clásicos (europeos primero y estadounidenses después) respondían a situaciones históricas concretas, cambiantes y modificables. Sus obras, desde este punto de vista, reflejan un mundo que ya no existe en su integridad: nuevas técnicas (o tecnologías), nuevas relaciones sociales, nuevos movimientos sociales, nuevos momentos en los ciclos de hegemonía mundial, y así sucesivamente. Y si ese mundo ya no existe, las teorías basadas en él tendrían que tener, y tienen, problemas. Las reacciones ante este desfase entre lo que dicen los clásicos y lo que se observa en la sociedad contemporánea pueden llevar a dos reacciones extremas: una afirmación fundamentalista de las teorías y un rechazo total de las mismas, siendo una de las maneras habituales de llevar a cabo la primera parte del dilema la de «releer» a los clásicos hasta que dicen lo que deberían haber dicho de haber trabajado en la actualidad. Otra cosa es que realmente lo hubiesen dicho: las más de las veces es imposible.

La alternativa, la del abandono total de las teorías por trasnochadas, es, de todas formas, un «echar al niño con el agua sucia» que Tezanos evita cuidadosamente a lo largo del libro. Lo que, efectivamente, encontramos en él es una visión de las características de estas sociedades tecnológicas en la que la ciencia y la tecnología ocupan el papel estructurante que hay que reconocerles y un análisis de sus efectos sobre las diferentes formas de

desigualdad junto a los desafíos que características y efectos suponen para las teorías clásicas al respecto. No es un libro sin teoría, pero no es un libro de «gran teoría» en el sentido peyorativo de Mills, lo cual no obsta para que algunas de las grandes discusiones de la sociología clásica sean reavivadas confrontándolas con los nuevos datos.

La otra vertiente está igualmente bien afrontada. Si uno de los defectos de los estudios sobre desigualdades (por ejemplo, el de numerosos latinoamericanos) es el de reducirlo a estudio sobre las teorías, otro defecto, igualmente observable, es el de restringirlo a una igualmente tediosa sucesión de datos sin la más mínima ilación teórica aparente. Datos, además, de cuya calidad hay motivos más que sobrados para dudar y datos cuya recolección «estatal» (de ahí «estadísticas») no puede ser tomada como a-ideológica. Es, en esa hipótesis, la funesta manía de «contar por contar» creyendo que la cuantificación es la única forma de «cientifismo» posible. En *La sociedad dividida* hay datos, pero como apoyo a un argumento explícito y continuamente explicitado. Lejos, pues, del «empirismo abstracto». Lo que aquí se hace es mostrar elementos que pueden ser discutidos de forma intersubjetiva, sin por ello dotarlos de un carácter taumatúrgico.

La navegación entre el Scilla y Caribdis de la teoría y los datos no es el único argumento a favor del libro. Hay dos más que me parecen importantes. En primer lugar, su perspectiva temporal. Es cierto, ya estaba en Karl Popper (y Amando de Miguel acaba de documentarlo), que no

podemos saber mucho sobre el futuro. Probablemente, nada o casi nada. Pero sí podemos saber sobre lo que los actores sociales piensan sobre el futuro y podemos indagar sobre lo que los estudiosos imaginan que va a ser, todo ello con técnicas de investigación, problemáticas como todas, pero que permiten salir del apego empirista al dato del hoy y ahora. Fruto de la *Investigación sobre Tendencias Sociales*, este trabajo proporciona abundante material sobre esta perspectiva de futuro, otro de los aciertos del libro. Lo que los actores piensan sobre el futuro forma parte de ese futuro, según esta versión particular del teorema de Thomas, aunque lo que puedan pensar no sea, ciertamente, el único factor que va a conducir las tendencias sociales en una dirección u otra.

En segundo lugar, el libro tampoco es positivista, es decir, no se queda en la mera descripción de cómo son las cosas, aceptándolas sin posibilidad de cambio alguno, sino que introduce, fruto de su racionalidad con respecto a valores, abundantes reflexiones sobre el «qué hacer», que fue una de las tareas asumidas por la sociología europea clásica, y que, en parte, se perdió en el minotauro, como lo llamaba Gouldner, de la «neutralidad» y de la (imposible) «ausencia de juicios de valor». El mundo de los intelectuales, llenos de preguntas y no siempre con buenas respuestas, dio paso al mundo de los expertos, los que saben dar respuestas sin hacer preguntas. Hora es de recuperar aquella racionalidad fundacional, que, además, tuvo un marcado carácter reformista.

Hay un último elemento que quisiera resaltar en el libro en cuestión, y es su didactismo. El libro está escrito en lenguaje académico, pero no oscuro o pedante, y busca continuamente aclarar los problemas al posible lector, no sólo remitiéndole a la bibliografía clásica o contemporánea sobre el aspecto en cuestión, sino, sobre todo, utilizando profusa y acertadamente cuadros y tablas que faciliten la comprensión del argumento o muestren, sin necesidad de ulteriores explicaciones, tipologías, enumeraciones y discursos al hilo del argumento.

La tradición de «el sistema social», al igual que la de la «formación social históricamente determinada», llevó, en muchas ocasiones, a plantear el problema de la desigualdad como algo generado *sólo* en el interior del sistema o formación social. No es el caso de *La sociedad dividida*, que, por lo menos, se encarga de situar las desigualdades de las sociedades tecnológicas avanzadas en el contexto que los sucesivos informes del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo o del mismo Banco Mundial se han encargado de poner de manifiesto: crecientes disparidades entre el centro y la periferia, el Norte y el Sur, las sociedades tecnológicas avanzadas y las no tecnológicas o no avanzadas. Tal vez, en mi opinión, hubiera venido bien algo más sobre los nexos entre los problemas de unos y de otros, entre las desigualdades de unos y de otros. Pero no tiene sentido criticar un libro por no ser el que uno hubiera escrito: el propio no tiene que ser necesariamente mejor.

José María TORTOSA

ÁNGELA LÓPEZ

Arte y parte. Jóvenes, cultura y compromiso

(Zaragoza, Prames, 2000)

A principios de los años ochenta, Pierre Bourdieu le daba un impulso inusitado a la sociología de la juventud cuando, paradójicamente, dinamitaba su objeto formal de conocimiento y declaraba que la juventud no es más que una palabra, la naturalización sociológica de un grupo de edad tan volátil como arbitrario. Y en esta suerte de voladura epistemológica controlada de las versiones más superficiales y comerciales del concepto sociológico de juventud aparecía una diversidad de juventudes concretas, con desiguales capitales culturales y simbólicos, y con trayectorias, sentidos y prácticas más conflictivas y divergentes que unificadoras, previsibles y armónicas.

La desorientación, así, con que en estos últimos años hemos teorizado esta cada día más borrosa categoría sociológica (la edad, por ejemplo, de lo que convencionalmente es considerado como juventud no acaba de fijarse claramente, ni en los ámbitos académicos ni en los políticos) no hace otra cosa que traducir la, también, enorme desorientación que las representaciones sociales generalizadas transmiten del hecho social juvenil, debatiéndose entre la compasión o la preocupación por una transición a la situación adulta endurecida y vulnerabilizada por la desregulación intensiva de los mercados de trabajo (tal y como nos recuerdan, por ejemplo, los ya clásicos sociólogos críticos franceses Baudelot y Establet en sus trabajos sobre los «nuevos jóvenes» de

treinta años en su país) y el asombro por una supuesta juventud parásita y acomodaticia, insolidaria, incapaz de buscar su independencia, acrítica, consumista y permanentemente protegida por unos padres cautivos del egoísmo de sus propios hijos (perfil que se suele desprender de mucha de la sociología popular y del populismo sociológico que inunda los medios de comunicación).

No es de extrañar, por tanto, que en este turbio panorama el libro de Ángela López sea apasionante tanto por lo que dice como por lo que sugiere, por su voluntad evidente de desterrar y remover todos estos clichés y sustituirlos por ilustrativas (y penetrantes) visiones de los mundos de la vida juvenil en la génesis y el sentido de sus sujetos originarios. Como dice Salvador Giner en su prólogo, nos encontramos con un enorme esfuerzo por sintetizar en unas sustanciosas páginas reflexiones teóricas y acercamientos empíricos al hecho juvenil, y este magnífico esfuerzo de aunar una auténtica sociología a pie de calle en la ciudad de Zaragoza con reflexiones de gran calado sobre los mecanismos de identificación (y estigmatización) del mundo juvenil va produciendo, a modo «simmeliano», un mosaico de descripciones e interpretaciones que se acaban componiendo con fuerza y esplendor en la retina sociológica del lector.

La primera y una de las principales aportaciones del libro de Ángela López es un pormenorizado estudio y

fundamentación sociológica de los conocidos como rituales juveniles de espera. Así, se argumenta con precisión en un buen número de páginas del libro que para entender gran parte de los comportamientos actuales de los jóvenes hay que considerar que a las prácticas y acciones de carácter finalista e instrumental que preparan y condicionan a los jóvenes para su inclusión en la sociedad adulta se les deben añadir como referencias principales estos ritos de espera: ceremonias y liturgias que construyen la vida cotidiana de los jóvenes como un universo propio con un cierto sentido autónomo mientras consiguen su independencia y autonomía plenas. Estos rituales se producen y canalizan en el marco de lo societario, pero con una fuerte dimensión comunitaria que es, a la vez, una dimensión de reconocimiento de identidad y de protesta frente a otras que no les reconocen como sujetos autónomos, maduros y dueños de su propio destino.

En estos rituales de espera se han dado gran parte de las creaciones estéticas y expresivas de las subculturas juveniles, asociándose también a ellos visiones y utopías del mundo social futuro en el que van a vivir su existencia adulta —del mito del Narciso de los sesenta hemos pasado al mito del Sísifo de los noventa—, y es aquí también donde lo festivo y lo moral, lo trágico y lo carnavalesco conforman pretensiones autónomas de sentido, creadas por los grupos juveniles para expresar sus expectativas sobre la transición y su culminación. La autora abre así un conjunto de inquietantes interrogantes socioló-

gicos; si los tiempos de espera se dilatan y problematizan y si la incorporación a la condición adulta se retrasa, diversifica y fragmenta, estos rituales de espera sin esperanza pueden complicarse y reificarse hasta convertirse en el único y confuso horizonte de sentido de un gran número de grupos juveniles, arrojados a un conjunto de referencias culturales que están entre lo dionisiaco y lo pueril, entre el hedonismo instantáneo y la amnesia social.

Otro punto central de los análisis de Ángela López se circunscribe a la construcción de los modelos de género en estas situaciones transicionales, y especialmente en la configuración de la masculinidad a través de los ritos y mitos de la sucesión generacional, y aquí, en el marco del escepticismo general juvenil sobre la eficacia de los mecanismos de acceso a la ciudadanía adulta y su refugio en las ceremonias de espera, aparece un claro desgaste de los modelos tradicionales de virilidad. Pero este desgaste en negativo no parece que haya sido todavía reemplazado con la fuerza que cabría esperar por un modelo más cooperativo, horizontal, igualitario y radicalmente antiviolento de atribución de roles sexuales, y en esta transformación inevitable tampoco parece que los ejemplos familiares, o los modelos difundidos por los medios de comunicación, sus relatos y su iconografía, sean capaces de desembarazarse de un sin número de contradicciones, dobles vínculos, incoherencias e inconsistencias permanentes que atrapan a los procesos de construcción del varón actual en un formato que lo sitúa entre un

pasado que no acaba de morir y un futuro que no acaba de nacer.

Dos estudios concretos ilustran y desarrollan, en este libro, los enfoques analíticos de la autora. El primero es una interesante muestra de sociología visual tomando como referencia el discurso de las pintadas y los *graffitis* urbanos. El segundo es un análisis de las preferencias lectoras de los jóvenes. En ellos, arte y cultura salen del mundo sagrado y se nos muestran en su forma más profana pero, a la vez, más rigurosamente pragmática, en el sentido comunicativo del término, esto es, en la forma que los actores manejan sus competencias lingüísticas y simbólicas para buscar efectos en sus entornos de referencia. Las paredes se han convertido así en espacios donde se afirma la identidad de los jóvenes, pero frente al politicismo culto, universalista, irónico e intelectualista de las inscripciones callejeras de los sesenta —basadas en el «poder de la palabra» y en su manifestación más desnuda y radical— hemos conocido después un *graffiti* fundamentalmente visual, comunitario, expresivo y desesperado de la generación de los noventa, acondicionando sus nichos especiales a la medida del neobarroco y recargado imaginario social de su (eterna) espera. En cuanto a la lectura juvenil, Ángela López nos descubre un público lector que muchas veces no vemos —o no queremos ver— por nuestro etiquetado previo de la lectura como actividad sagrada —cultura, progresista, selectiva, libresca, etc.—, olvidando las fuentes de lectura profana esenciales y omnipresentes en la construcción de las identidades juveniles pre-

dominantes (los estímulos del mercado, de las redes de amistad, de los profesores, de los medios de comunicación convencionales y alternativos, etcétera).

Tan alejado de cualquier prejuicio negativo (las conocidas teorizaciones sobre el narcisismo o el descompromiso juvenil) como positivo (la idea de una juventud renovadora, abierta y revolucionaria, *per se*), el libro de Ángela López nos presenta con un notable rigor sociológico y una impagable belleza expresiva una situación juvenil un tanto «a la deriva», como corresponde a un contexto que si por algo se puede caracterizar, como dice Richard Sennett, es por la «corrosión del carácter» que el posmodernismo ha traído de la mano de la flexibilidad laboral, la incertidumbre y el riesgo.

Libro sobre las subculturas juveniles —siempre tan citadas académicamente, finalmente tan desconocidas— realizado en la mejor línea de la renovación (desmitificación) de la sociología de la juventud europea actual y que anuncia la inminente aparición de otros trabajos en los que lo que aquí se trata, por fuerza, como apunte, con brevedad, en tono de ensayo o amparándose en la literatura sociológica dominante (literatura, por cierto, que hasta el momento nos ha dejado bastante insatisfechos en los análisis que vinculan el funcionamiento de los mercados laborales y la construcción de los gustos y las aspiraciones de los diferentes grupos juveniles actuales), pronto se tratará monográficamente, continuando la línea de las muchas obras que nuestra autora ha dedicado ya al conociemien-

to concreto de juventudes concretas. Mayor favor no se les puede hacer a los jóvenes actuales que presentarlos, precisamente, en su situación concre-

ta, que es necesariamente compleja y contradictoria.

Luis Enrique ALONSO

JOSÉ MIGUEL CONTRERAS y JOSÉ RAMÓN PÉREZ ORNIA (eds.)

Anuario de la televisión 2001

(Madrid, GECA: Gabinete de Estudios de la Comunicación Audiovisual, 2001)

En el elenco de informes sobre comunicación, los elaborados por GECA se han convertido desde sus comienzos en la principal fuente de referencia para el conocimiento de los hábitos y decisiones de las audiencias televisivas. Basándose principalmente en los datos suministrados por Sofres, los especialistas de GECA, un equipo formado por la iniciativa de los profesores Contreras y Pérez Ornia y que viene trabajando en programación y audiencia desde hace varios años, han venido elaborando un instrumental metodológico que ha conseguido consolidarse año tras año, hasta el punto de haberse impuesto como principal fuente de conocimiento para la orientación de las políticas empresariales de la industria audiovisual y como excepcional fuente de datos para la difusión de informaciones periodísticas sobre los cambios y preferencias de la audiencia.

Da a conocer ahora GECA la sexta edición de este importante *Anuario de la televisión 2001*, coincidiendo con el décimo aniversario de la aparición de las televisiones privadas. El trabajo se destina principalmente a exponer

una síntesis panorámica de ese largo proceso de servicios que los analistas del gabinete realizan diariamente desde hace más de un sexenio para atender a las demandas de las empresas difusoras y productoras interesadas en conocer las relaciones de variación entre programación y aceptación de la audiencia. El conjunto de su tarea constituye un observatorio de los altibajos que día a día se producen y que pueden contemplarse tanto telescópica como microscópicamente. Un elaborado proceso de acumulación y selección de datos que permite establecer todo tipo de comparaciones a partir de una fuente cuyo valor aumenta a medida que va acumulando nuevo material para el análisis.

De los datos del informe se obtiene una semblanza global de la industria televisiva que explica, por sí sola, por qué la televisión es el medio de comunicación con mayor penetración social, al que más tiempo le dedicamos y el que más crecimiento económico tiene. El *Anuario* contiene una relación completa de los 83 canales temáticos que en el momento de la publicación se producen en España,

cuya sola enumeración da cuenta de la importancia que está adquiriendo la industria televisiva, y analiza la programación y las variaciones de audiencia de cada uno. Lo que en ediciones anteriores se consideraba como televisión de futuro ya se presenta en el actual como una realidad. El primer capítulo se dedica al estudio de esa televisión por cable y digital que ya constituye el presente en el alborar del siglo XXI.

Pero lo que tiene de mayor interés el *Anuario de la televisión* de GECA es el conjunto de tablas, cuadros y gráficos obtenidos de datos primarios y que se analizan en sus diversos componentes. El análisis de la audiencia tiene sentido, en efecto, si se establecen series temporales cuantitativas y comparativas en relación con los programas y sus horas de emisión, o, dentro de cada programa, por los cambios que puedan precisarse con relación a las variaciones de contenido. El *Anuario* de GECA se ha especializado en ofrecer ese tipo de gráficos y de comparaciones y en establecer apreciaciones acerca de los motivos de éxito de la programación, puntualizando los aspectos en que cada cadena consigue diferenciarse de las demás y los rasgos que permiten explicar las relaciones entre cada producto y las motivaciones de los distintos agregados de la audiencia. Los autores dedican parte de su comentario a explicar los motivos por los que el programa Gran Hermano se convirtió el año pasado en un espectacular instrumento de acaparamiento de audiencia, analizan las peculiaridades del programa y los aspectos diferenciales a partir de los cuales puede

explicarse su eficacia difusora. Los comentaristas reparan también, como dato especialmente significativo, en el paulatino descenso de la cuota de la televisión pública.

Enfocada de esta manera, la investigación de GECA y el resumen que de ella ofrece el *Anuario* ha de entenderse no sólo como una descripción de las relaciones entre programación y audiencia, sino, principalmente, como un instrumento descriptivo de la oferta televisiva, de las innovaciones y alteraciones de la programación, de las iniciativas que las caracterizan y, como resultado de esa elaboración, también como un servicio a la industria televisiva en el que pueden encontrarse motivos de reflexión, pautas comparativas y un panorama en el que no sólo se reflejan las decisiones selectivas, sino también el marco social, comercial y empresarial en que se integra la industria televisiva.

Sobre este particular, el *Anuario* aporta también una interesante información sobre el panorama general de la televisión en España. Compara la situación de las empresas privadas con la de las públicas, las variaciones de la FORTA, el aumento de oferta de la programación de pago, el comienzo de emisiones de la televisión digital en abierto y alerta de cómo queda aún por desarrollar la Ley de Televisión Local por Ondas Terrestres de 1995, por lo que gran parte de las televisiones locales que vienen funcionando desde hace varios años se encuentran aún en una situación ambigua de alegaldad que, por el momento, puede calificarse de «provisionalmente estable». Ello no

obsta para que sigan desarrollándose, especialmente en Andalucía y Cataluña. El *Anuario* incluye un censo de televisiones locales con cobertura en capitales de provincia. Incluye un catálogo de 22 programas, dos por cada cadena, que los autores del informe seleccionan como los más innovadores o creativos.

El *Anuario* se divide en varias secciones. La primera se dedica al estudio de la temporada y en ella se contienen los cuadros y gráficos comparativos globales del año. La segunda parte analiza la programación por franjas horarias, distinguiendo como fases principales las de la mañana, la sobremesa, la tarde, el horario preferente y el nocturno. Los cuadros comparativos alternan con comentarios sobre las preferencias y las especializaciones de las cadenas. Las observaciones, generalmente juiciosas y bien cuidadas, se ven deslucidas por la manía de muchos especialistas, a la que los de GECA no han sabido sustraerse, de entregarse a una jerga anglófona, extraña y superflua. No hay necesidad alguna de denominar *latenight* al horario nocturno, como tampoco *prime time* al horario preferente. Desgraciadamente, los informes de GECA han colaborado en la difusión en la prensa de esa terminología inútil y pretenciosa que pareciera sugerir que llamar *share* o *rating* a la cuota o al porcentaje tuvieran algún valor científico añadido, o que se sabe más de programación si se dice *talk show* o *reality show* en lugar de decir variedades, tertulias o concursos. También han conseguido imponer un criterio de clasificación de la programación, lo que ha de

interpretarse, excepción hecha del reparo antes expuesto, como una contribución a la normalización del lenguaje profesional.

Una segunda parte del *Anuario* se dedica a aspectos concretos de los programas de mayor aceptación, entendiendo aceptación en su sentido más elemental de suma de audiencia. Se describen las principales series de ficción, las variaciones e hitos más significativos de los programas informativos y de los deportivos. Se dedica un apartado especial al comentario de la imagen GECA, un estudio de imagen realizado por Demoscopia que analiza el liderazgo de imagen de los protagonistas de la televisión y el índice GECA, basado en apreciaciones de variables para diversas categorías como las de personaje famoso, periodista de mejor imagen y actor preferido. El índice de imagen GECA es una media de esas distintas características.

En suma, el *Anuario* GECA es una radiografía de la sociedad vista a través de su relación con la televisión, una descripción del flujo de interacciones que se producen entre la sociedad y el gran medio audiovisual. Por mucho que se insista en la importancia de la dependencia social de la producción televisiva, será difícil incurrir en exageraciones. No se trata sólo del volumen de la cifra de negocios ni tampoco de la importancia creciente de la industria televisiva, especialmente de la producción independiente, que en España ha adquirido ya un peso específico, como lo muestra el predominio en los listados de audiencia de la producción española en la programación interna y el aumento

de las adaptaciones de series españolas. Se trata también del efecto social de esa producción, de los cambios que va imponiendo en actitudes y hábitos de conducta. Cómo las actitudes y respuestas de la audiencia reflejan nuevos estilos de comportamiento y de lenguaje, cómo reflejan o contribuyen a modificar normas y pautas sociales.

Hay algunos aspectos sobre los que se podría reflexionar tomando como base esta fuente de datos del *Anuario*, cuya solvencia analítica no se discute. Hasta qué punto la televisión es un mero espejo en el que se mira la sociedad o si, por el contrario, eso que la sociedad mira a través de la pequeña pantalla es una deformación de su imagen, o hasta qué punto esa imagen es un efecto inducido por criterios previamente adoptados por los estereotipos que los directores, guionistas y responsables de la programación y de la producción se forman acerca de la receptividad y de los gustos sociales, es asunto que permanece en debate y sobre el que las actuales técnicas de investigación, principalmente cuantitativas, que son las que se usan en el *Anuario*, no tienen capacidad de respuesta.

Eso no significa que lo primero que haya que evaluar del *Anuario* es lo que salta a la vista. La pulcritud de un diseño especialmente cuidado en el que se sintetiza la concepción visual del informe con su contenido discursivo. Esa combinación de ambos aspectos da una idea de la cuidadosa labor que han realizado los autores y de los objetivos que se proponen satisfacer. No se trata solamente de ofrecer datos de investigación, sino también de elaborar un instrumento de intercomunicación

entre quienes trabajan en este campo de la actividad audiovisual, empresarios, profesionales, informadores, investigadores. Es una edición tan cuidadosamente estudiada que la pulcritud de su diseño se manifiesta hasta en sus más minuciosos detalles, como en la selección de los tipos, de los colores, de los gráficos, de las tintas. Aunque sólo sea por consideración de esa calidad material, ya vale la pena ponderar el esfuerzo realizado. Algo en lo que tal vez no reparó McLuhan cuando, sorprendentemente, contraponía visualidad y escritura, por un lado, y tactualidad y televisión, por otro. Pues bien, el *Anuario* de GECA es un libro a la vez táctil y gráfico, alfabético y visual. Su mero comentario rompe cualquier esquema que trate de disociar ambos aspectos.

Pero, en fin, por señalar alguna limitación a este meritorio esfuerzo, quede claro en nuestra apreciación que el planteamiento del *Anuario* es, digámoslo de este modo, meramente descriptivo, producto de una actitud ideológicamente positivista. Por positivismo ideológico entiendo aquí algo bastante elemental: que se acepta como único criterio de calidad o de idealidad la propia respuesta de la audiencia, como si el hecho de ver un programa fuera sinónimo de gusto, de aceptación, de identificación o incluyera un juicio de valor favorable. En realidad, ése es un modo muy particularmente acrítico de satisfacer los intereses de la propia industria, de complacerse en la simple identificación entre razón y eficacia, o de pretender elevar la eficacia, medida en adhesión de audiencia, en la única o la principal razón de una industria

tan poderosa e influyente como es la de la producción y la programación televisivas. Naturalmente, ése es el lenguaje que necesitan oír los empresarios sin escrúpulos para disfrazar la bazofia bajo la vestidura de respetabilidad social.

Una parrilla ideal, como la que el *Anuario* propone, sería, pues, aquella que reuniera más audiencia en las distintas franjas horarias. Naturalmente, esa simplificación impone un menosprecio a un planteamiento más creativo y exigente, limita el esfuerzo por contribuir a la dignificación de la propia producción y por cooperar con la toma de conciencia de la propia audiencia. Por supuesto que la televisión generalista es, ante todo, entretenimiento. Pero también hay grados, estilos y diferencias en el modo de entretenerse. En el análisis cualitativo y crítico de esos aspectos que no son marginales es donde se advierte que el esfuerzo imaginativo y analítico de GECA elude, no sin habilidad, los caminos que conducen al compromiso creativo.

La descripción es, pues, tan funcional como sea posible. Las apreciaciones

de carácter cualitativo se limitan a resaltar la importancia de algunos programas o a aventurar razonables conjeturas sobre la posible evolución de las tendencias que pueden observarse. Sin embargo, son muchas las preguntas que se pueden hacer sobre los condicionamientos de esa interacción en la que diversos grupos sociales se hallan comprometidos, movidos por intereses opuestos, coordinados o complementarios.

El *Anuario de la televisión 2001* de GECA, al fin y al cabo una descripción de la difusión social de la televisión en España, no pretende responder ese tipo de preguntas, pero sí ofrece los datos de cuya interpretación dependen las respuestas que se pueden hacer y que siempre serán variadas y complejas. En todo caso, es el principal documento analítico y estadístico que se publica en nuestro país sobre el desarrollo de la industria televisiva en sus diversos aspectos y sobre el grado de aceptación y los cambios en las preferencias de los espectadores a la oferta televisiva.

Luis NÚÑEZ LADEVÉZE

E. GOFFMAN, H. SACKS, A. CICOUREL y M. POLLNER

Sociologías de la situación

(Edición, traducción e introducción de Félix Díaz,
Madrid, Ediciones La Piqueta, 2000)

En este libro se publican seis artículos escritos por sociólogos que pertenecen a las diversas perspectivas inspiradas tanto en la fenomenología

sociológica como en el interaccionismo simbólico, y que suelen denominarse en conjunto «sociologías de la vida cotidiana» o bien «constructivis-

mo social», aunque incluyen también corrientes como el sociodramatismo, la etnometodología o el contextualismo. Todos estos escritos son poco conocidos en España y no han sido traducidos hasta ahora, puesto que proceden bien de revistas especializadas en inglés o francés y, en algún caso, de obras generales.

La amplia, documentada e incisiva introducción del compilador, que titula «Planteamientos contextuales y metodológicos: la ubicua relevancia de los contextos presenciales», ofrece un marcado interés al lector, sobre todo al no especializado en estas corrientes, ya que presenta el perfil de los cuatro sociólogos norteamericanos incluidos en la compilación junto con un resumen de sus textos, y complementado con una amplia y actualizada bibliografía en castellano y en inglés.

Pero lo más interesante del texto del compilador-prologuista es su reflexión acerca del valor y extensión de los planteamientos contextuales y etnometodológicos en la sociología norteamericana a partir de sus inicios en los años cincuenta, así como su entronque o crítica con otras perspectivas teóricas.

Estos nuevos y audaces planteamientos, sin duda, han revolucionado en determinado sentido la sociología occidental, sobre todo por su énfasis en la vida cotidiana, los análisis micro-sociológicos y una aguda crítica de los métodos y técnicas neofuncionalistas, en especial de los cuantitativos, como la encuesta y los sondeos de opinión.

Los sociólogos contextualistas, por poner una etiqueta general y con todas las limitaciones de la defini-

ción, reclaman la necesidad de investigar los entornos inmediatos de la acción y, sobre todo, la interacción social. Por ello, su preferencia por la elección de objetos pequeños de la vida cotidiana, aunque no por ello menos importantes que otros más estudiados de la Estructura Social, como los encuentros, las relaciones en público, las conversaciones cotidianas o los rituales de la interacción, prestando una especial atención a los actores en situación, su asunción de los roles y, naturalmente, los problemas de identidad.

Las corrientes contextualistas pertenecen por derecho propio al campo de las ciencias sociales, pero específicamente a aquellas no convencionales y no neopositivistas, y, por lo tanto, son claramente innovadoras. Un aspecto de gran relevancia es su consideración de que los fenómenos sociales son constitutivamente inseparables de los entornos de la interacción dentro de los que se producen y, por ello, entran dentro del campo del estudio del orden social y, también, por lo tanto, del de la Estructura Social.

Las *Sociologías de la situación* han surgido principalmente a partir de las metodologías cualitativas aplicadas al estudio de la realidad social, con gran influencia de las técnicas de observación y del análisis del habla. Yo creo que se han inspirado en buena parte en las teorías del lenguaje, y en concreto de la pragmática anglosajona, así como de la filosofía del lenguaje (H. Heidegger, L. Wittgenstein).

Su surgimiento tuvo lugar en los espacios académicos de las Universidades californianas de Berkeley y Los Angeles, sobre todo en la última

desde la creación por H. Blumer del Departamento de Sociología, al que muy pronto se trasladaron H. Sacks (en el año 1960) y E. Goffman (en 1962). Sin embargo, posteriormente, Sacks se trasladó a Los Angeles, formando un equipo muy creativo con H. Garfinkel.

Estas nuevas perspectivas suelen preocuparse en sus análisis de los sistemas locales de relevancia interaccional, así como de las maneras como se cumplen las normas dentro de los denominados «entornos de la interacción», observados muy detalladamente desde una perspectiva microsociológica. Según el compilador, estas corrientes han tenido mucha influencia en determinados ámbitos académicos, desarrollando una visión sociológica claramente alternativa, e incluso subversiva, a la sociología mayoritaria heredera de la tradición estructural-funcionalista.

Los cuarenta años que median entre su surgimiento y la actualidad permiten ya hacer un balance, que parece ser —aunque con matices— positivo respecto de sus logros, que el prologuista sintetiza en los siguientes puntos:

— Una expansión del estudio del habla en interacción y del análisis de las conversaciones, así como de los rituales de la interacción, que se han ampliado a diferentes ámbitos, como hospitales, oficinas, cárceles, tanatorios, etc.

— Ciertos análisis de la expresión de la identidad y de la interpretación del orden social en sus constituciones naturales, aunque de menor relevancia que lo anterior, realizados sobre todo por H. Sacks.

— Bastante impacto en los años ochenta y noventa de la corriente específicamente etnometodológica sobre los estudios sociales de la ciencia, así como sobre las descripciones analíticas del arte de descubrir e inventar.

— Estudios aplicados centrados en la exploración de campos institucionales determinados y desarrollando métodos de observación e interpretación locales, destacando los realizados por A. Cicourel y H. Mehan sobre las instituciones médica y escolar.

— Finalmente, hay que destacar también la decisiva influencia que han tenido todos estos autores sobre la nueva psicología discursiva británica de carácter crítico, e inspirada en los principios del contextualismo elaborado tanto por E. Goffman como por H. Sacks y M. Pollner.

Respecto de los seis artículos seleccionados, se trata de un ramillete muy cuidado dentro del que se tratan diferentes aspectos de la reivindicación epistemológica, teórica y metodológica de estas corrientes. Incluyen, por lo tanto, contribuciones fundamentales y, desde luego, fundacionales.

El artículo de E. Goffman, «Rubor y organización social», inaugura esta compilación y, tratándose de este autor, naturalmente de forma brillante. Además de ser claramente identificable (¿quién no ha pasado por lo menos una vez en la vida por la amarga experiencia del rubor?), el rubor señala una estrecha relación entre identidad e interacción, ya que en cualquier encuentro cara a cara existe la posibilidad de que surja el rubor y, con ello, el sonrojo característico.

Según Goffman, el rubor se manifiesta siempre que un individuo ha proyectado en un encuentro definiciones incompatibles de sí mismo ante los presentes. A pesar de lo cual suele presentarse asociado sólo a ciertos lugares o entornos sociales, y siempre pone de relieve y expresa que existen conflictos de identidad entre principios personales contrapuestos.

El rubor ilustra la forma como cada individuo maneja su identidad ante los demás, enlazando, pues, con algunas conclusiones del mismo tenor que este autor nos ha ofrecido en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, libro con el que encuentro cierto enlace, por lo menos metodológico.

La aparición del rubor suele revelar la mayor o menor oscilación del yo del sujeto, que se corresponde necesariamente con los cambios de su comportamiento ante los presentes en determinada situación y dentro del contexto de las instituciones sociales que más ha estudiado Goffman: hospitales, escuelas, vestíbulos, cafeterías, ascensores...

H. Sacks, en «La máquina de hacer inferencias», parte del análisis de una conversación cotidiana acerca de un problema familiar y conyugal para debatir uno de los problemas que más gustan a los conversacionalistas: el de cómo ocurre el fenómeno de la interacción.

Se supone que se manifiesta como «secuencias reales» o procedimientos que permiten simultáneamente hacer inferencias desde las causas a los efectos, y viceversa. De aquí surge la idea de Sacks de que es posible construir una máquina (yo lo interpreto como

una metáfora metodológica, naturalmente) que maneje, categorice y diga cosas sobre un determinado tipo de acontecimiento que no se ha visto ni observado directamente, siempre que se la suministren datos sobre el proceso.

En las personas normales, cualquier momento de su conducta tiene que ver tanto con el anterior como con el posterior, de forma que desde un análisis lógico de estas secuencias se pueden realizar inferencias válidas con algún objetivo. Supone, como ejemplo, que cuando un marido ha golpeado a su mujer se debe a que antes han tenido una fuerte discusión y antes un conflicto, y que seguramente después alguien llamará a la policía y ésta se presentará en la casa.

En la sociología tradicional, generalmente los materiales recogidos científicamente permiten hacer inferencias directas, es decir, que si algo ha sucedido nuestro problema metodológico es explicarlo por medio de variables. Pero Sacks aboga por el procedimiento inverso en la investigación de las rutinas cotidianas, de forma que uno pueda elegir entre distintos hechos según la presencia o ausencia de una explicación plausible, y poniendo como ejemplos experiencias de litigios e informes forenses. Sacks lo expresa claramente en un párrafo: «los hechos y las explicaciones tienen una relación de ida y vuelta... al menos en esta sociedad».

Nuevamente, H. Sacks, en «Sobre muestreo y subjetividad», plantea el problema de la construcción de la realidad, suponiendo que cuando un investigador se enfrenta a los fenómenos sociales siempre busca un orden,

o se cree él mismo que existe este orden. Pero a menudo, y a pesar de que se llegue a realizar una investigación minuciosa, dicho orden no se logra localizar.

Sacks supone que se puede explicar por el hecho de que determinados fenómenos sociales son aleatorios, pueden o no tener un orden, o bien éste surge cuando menos se espera encontrarlo.

La problemática es, pues, bien relevante, teniendo sobre todo en cuenta que los estudios sociológicos se basan en la reconstrucción de la realidad social, en función no tanto de un modelo previo, sino más bien de cómo se podría hacer tal reconstrucción.

Este autor lo ilustra haciendo una crítica a la investigación convencional por medio de encuestas extensivas. Según sus observaciones, los cuestionarios permiten obtener resultados ordenados pero que tienen al mismo tiempo numerosas restricciones, debido a las técnicas estadísticas que se aplican. Éstas, según Sacks, sirven más para justificar que se ha realizado una investigación «decente» que para reconstruir la realidad. Incluso lanza la afirmación de que muchos de estos estudios son en todas partes malos desde una perspectiva epistemológico-crítica.

Los estudios por entrevista personal, prosigue, suponen además una aproximación muy ocasional a la estructura social, sobre todo porque tienden a ser extremadamente generales, y por ello generalizables, y porque no suelen basarse en una organización adecuada del muestreo.

A pesar de esta crítica, Sacks reco-

noce que la estadística representa uno de los métodos por los que se puede llegar a interpretar el orden social, sobre todo porque permite llegar a obtener descripciones claras y comprensibles de los fenómenos sociales. Pero —aclara el autor— la estadística sólo permite captar la organización general, que representa un vicio de esta técnica, y que se aprecia por la extremada monotonía que tiene la interpretación que resulta de ello.

Además, Sacks critica —en mi opinión gratuitamente— a Durkheim por la forma como elimina de su teoría el problema de la subjetividad al colocarse en el lugar del «nosotros» (los sociólogos que conocemos el poder que tiene la sociedad sobre nuestras mentes) estudiando —y frente— al «ellos».

Pero hace lo mismo con Weber, del que no comprende su extremado —en su opinión— énfasis en enumerar las diversas restricciones que cree existen para lograr elaborar una ciencia social objetiva.

Su postura parece ser relativista, al indicar que los sociólogos sabemos lo que cualquier miembro de nuestro grupo y sociedad sabe, y por lo tanto sólo es a través de nuestro sentido común como podemos interpretar los hechos sociales. Aunque, prosigue, lo que se deriva de ello es dar una contestación a la pregunta de ¿qué es una explicación?

Su respuesta se centra en reconocer que el sociólogo trabaja construyendo conceptos, supuestos, modelos, variables, etc., y que es posteriormente cuando intenta ver si se parece o no a lo que quiere que se parezca, con lo que se mezcla inevitablemente lo objetivo con

lo subjetivo. Por lo tanto, según este criterio, para interpretar no se necesitan medios sofisticados, sino que lo que hay que hacer es mirar a los objetos que se investiga tal como los mira la gente normal, los no sociólogos. Y así, según este autor, se sabe con certeza cómo dar una explicación convincente.

En «Algunas cuestiones de teoría y método», A. Cicourel vuelve, como Sacks lo ha hecho antes, a plantear la crítica a la forma convencional de hacer sociología empírica, aunque centrándolo esta vez en conocer cuáles son las actividades que el sociólogo etiqueta dentro del campo de la «Estructura Social».

Para alcanzar la objetividad, los sociólogos conocemos por experiencia los principios que permiten hacer inferencias sobre acontecimientos o hechos que sucedieron. Algunos ejemplos pueden ser: los resultados de cuestionarios o las tablas del censo, que pueden describir adecuadamente fenómenos verificables.

Cicourel indica que tiene muchas dudas acerca de la posibilidad de que el investigador de un fenómeno y el lector del estudio o informe den el mismo significado a los datos obtenidos, y ello aunque sean miembros del mismo grupo social o de la misma sociedad.

Expone el ejemplo de que cuando se da un diálogo conflictivo entre un joven y un policía sobre si el tono del primero significa o no una amenaza a la autoridad, aspecto que tiene mucha relevancia y efectos en la vida práctica, no es fácil hacer inferencias puesto que los puntos de vista, tanto de los participantes como de los observadores, son divergentes.

La misma problemática surge también cuando intentamos interpretar diferentes personas el contenido de documentos objetivos como pueden ser informes escritos o cintas de vídeo.

Cicourel muestra más adelante sus preocupaciones sobre las propiedades de la vida cotidiana. Criticando los problemas sociales que sirven como punto de partida de muchas de las investigaciones que realizamos los sociólogos, los valora como «instancias obvias del mundo real». Considera, además, que para comprenderlos hay que examinar previamente las propiedades de las rutinas de la vida cotidiana, como las conversaciones naturales. Estas rutinas son las que ofrecen materiales verdaderos para poder construir descripciones significativas de la Estructura Social.

El autor asegura que si queremos dar sentido a lo que tenemos y a lo que hacemos se requiere un aparato teórico más sofisticado que el que suele utilizarse por la sociología convencional. Y sugiere seguir el modelo de Sacks respecto de la posibilidad de construir un artefacto capaz de producir secuencias conversacionales que pudieran ser reconocidas por miembros de la sociedad, y consideradas «correctas» o «apropiadas», sobre objetos y acontecimientos conocidos.

En su opinión, el problema metodológico clave para los sociólogos es el de la traducción de las ocurrencias o sucesos naturales al lenguaje especializado o técnico. La solución que propone se fundamenta en el modelo lingüístico-etnográfico, usando las expectativas contextuales previas como esquema de la interpretación de

los hallazgos, considerados como datos. Su alternativa parte de observar las limitaciones y las dependencias de cada estrategia metodológica. Y señala también que la estructura social que el sociólogo quiere conocer presupone siempre el conocimiento de las expectativas del contexto, y que los miembros del grupo deben utilizar como esquemas de interpretación.

En «El razonamiento mundano», M. Pollner parte del principio de que cuando alguien plantea sus metodologías interpretativas siempre se basa en suposiciones sobre el carácter intersubjetivo de los acontecimientos, oscilando las posturas bien en considerar que nunca estamos en contacto con el mundo en sí, o bien suponer que puesto que estamos en situación podemos conocer el mundo comparado con los otros.

La clave del punto de vista que adopta Pollner está en creer que igual que los antropólogos pueden estudiar una tribu extraña y ajena desde sus suposiciones, también los sociólogos podemos hacer algo análogo. Cuando hacemos inferencias sobre nuestro mundo social, siempre intentamos especificar y detallar lo que presupone el actor cuando asume su mundo intersubjetivo.

Sin embargo, es un hecho verificado que varias personas que observan simultáneamente un «mundo» social, lo experimentan, y por lo tanto lo describen, de manera distinta y frecuentemente contradictoria.

Pollner cree que se debe esta característica a que existe una «razón mundana» que nos sirve de guía para la interpretación, pero que al mismo tiempo nos permite adoptar distintas

posturas ante el mismo hecho. Aprovecha para ilustrar este principio diversos ejemplos recogidos de una investigación realizada sobre los juzgados de tráfico municipales en Estados Unidos.

Al desarrollar este concepto de «razón mundana», Pollner no vacila en referirse a los maestros de la fenomenología sociológica, concretamente a A. Schutz y M. Merleau-Ponty. Desde esta perspectiva filosófica, afirma que el carácter del mundo cotidiano es el que se da por supuesto desde nuestro sentido común, porque aquél está siempre compartido, y una prueba de ello es que los actos lingüísticos son inteligibles sin excepción para todos los miembros de un mismo grupo social.

Como estos supuestos mundanos son incorregibles, los podemos valorar como si fueran prejuicios. Aunque las personas podemos neutralizarlos, usando diferentes habilidades cotidianas que hemos aprendido durante el proceso de socialización.

Cuando se dan diferentes percepciones sobre una misma realidad, la solución a las versiones divergentes debe fundamentarse en hacer conjeturas sobre la inoperancia de algunas de las suposiciones que damos por verdaderas.

Para Pollner, finalmente, los «razonamientos mundanos» son importantes para el etnometodólogo, ya que tienen capacidad para dar a conocer como acontecimientos sorprendentes las diferentes experiencias y las explicaciones divergentes de dos personas que observan el mismo «mundo», pero del que dan diferentes versiones.

En el último artículo, de E. Goff-

man, titulado «Microsociología e historia», se glosa el concepto-clave de «microsociología» dando dos acepciones: una con el significado derivado de las ciencias físicas y de la bioquímica, y otra relativa al análisis de las interacciones sociales, siendo esta última acepción la que tiene más interés para la sociología.

Parece que el concepto procede de la Antropología Cultural, y se basa en considerar que un hecho o producto social no es significativo por su origen e historia, sino que su importancia deriva de su papel en la vida social.

Este autor destaca, además, que en los últimos decenios los historiadores han ido ampliando sus objetos de investigación a aspectos que antes sólo interesaban a los sociólogos: como la vida cotidiana, las clases sociales o las circunstancias de las vidas de las mujeres. Por lo tanto, se ha logrado una permeabilidad entre historiadores, sociólogos y antropólogos, en un nuevo campo que se puede denominar propiamente como «microsociología».

Goffman reivindica la necesidad de realizar «microanálisis», justificando el estudio de fenómenos pequeños por la imposibilidad de la sociología de poder hacer inferencias a gran escala en el ámbito de la sociología empírica convencional.

A pesar de esta reivindicación del concepto, el autor cree que todavía son imprecisos los conceptos que utilizamos en el campo del análisis microsociológico. El problema más grave para poder realizar una interpretación radica en lograr encontrar las mediaciones entre el orden macro-

social y las situaciones de interacción cara a cara.

En conjunto, el libro reseñado tiene un gran valor para la sociología, porque reivindica el marcado carácter subversivo que tienen estas nuevas corrientes teóricas constructivistas y/o situacionistas, al criticar tanto la epistemología subyacente a los conceptos y modelos como la metodología que se aplica a la recogida de los datos, todo ello referido a los estudios neopositivistas. Creo que ha quedado bastante claro que todos los autores incluidos en esta compilación intentan trastocar de una u otra manera el orden de la sociología empírica, calificándolo como poco correcto e ineficaz, y planteando la necesidad de sustituirlo por otro, del que facilitan algunas pistas.

La elección de los artículos ha sido muy cuidada, en mi opinión, puesto que dentro de todos ellos se incluyen críticas basadas en la teoría del conocimiento de fundamento fenomenológico. Tienen, pues, gran utilidad para quienes quieran conocer algunos de los postulados de las nuevas perspectivas constructivistas.

Sin duda, la mayoría de estos autores dan un fuerte varapalo contra la sociología empírica, y tanto la cuantitativa como la cualitativa, en base a considerar que es demasiado implícita, que generaliza en exceso, que utiliza conceptos y variables poco definidos y menos verificados, y que recoge datos cuya identidad con los objetos que estudia es dudosa.

Un aspecto muy interesante de estas nuevas corrientes, y que las revaloriza, es su fundamento en las teorías lingüísticas, sobre todo las anglosajo-

nas y norteamericanas, desde Ch. Morris a B. L. Whorf, sobre todo porque desde la lingüística se pueden elaborar métodos capaces de hacer emerger el significado de las acciones y hechos culturales (que ellos aplican, naturalmente, a la vida cotidiana). Valoran especialmente las distinciones que hacen los antropólogos del habla entre las interpretaciones *emic* y *etic* de los hechos culturales, y el problema de fondo de la construcción y reconstrucción del orden social.

Las tesis expresadas consolidan la idea de que la «sociología convencional», y que identifican claramente con la herencia del estructural-funcionalismo norteamericano, aunque está muy formalizada por medio de conceptos y modelos analíticos, sigue siendo poco rigurosa epistemológicamente. Esta problemática, en su opinión, se vincula con la dialéctica acción/conocimiento y, sobre todo, debe centrarse en el análisis de las conductas y la descripción de los hechos y las inferencias que se pueden realizar de los mismos.

Por lo tanto, desde la perspectiva constructivista se puede llegar a reconstruir la sociología occidental, y en aspectos concretos como la elección de objeto, la recogida de los datos y la aplicación de métodos microsociológicos.

Sin embargo, y a pesar de que reconozco la singularidad de estos planteamientos, que conocía sobre todo anteriormente por la magnífica obra

de Cicourel y de Goffman, y que intentan —con fundamentos y audacia— la elaboración de una sociología micro, más concreta e inmediata, a la que se llega a conceptualizar con mayor profundidad y rigor, las soluciones que plantean estos autores tampoco ofrecen alternativas globales demasiado claras y sí crean nuevas dudas sobre la validez teórica y metodológica de la sociología como ciencia social concreta, en el sentido de Medina Echevarría.

En su mayoría, los ejemplos que ponen en los textos son pequeñas sociologías de la interacción en formas diversas: conversaciones, debates sobre significados, visiones contrapuestas de un mismo hecho y construcciones de identidades en situación, aspectos que si bien amplían la visión de lo social y de lo cultural, su alcance interpretativo sobre la Estructura Social lo considero como limitado y, sobre todo, delimitado (por la perspectiva micro adoptada como única).

Sin embargo, estas modestas observaciones no invalidan, sino que, creo, revalorizan, sus propuestas contra el modo de hacer sociología «al uso», el «convencional», claramente anclado en unos conceptos y métodos muy estereotipados y, por ello, estériles en buena medida para poder alcanzar una interpretación adecuada y correcta de ciertos hechos colectivos.

Miguel ROIZ